



C. O. Bunge

El justiciero

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

C. O. Bunge

El justiciero

I

"Catalina de Aragón", así como suena; nada menos que "Catalina de Aragón", se firmaba y se hacía llamar Felipa Danou, francesa de Montmartre. Y con este nombre histórico, presumiendo de noble y de española, se inscribía en los programas de los circos y teatros donde se la contrataba como "domadora de vampiros".

Hay que reconocer que los vampiros eran más verdaderos que su nombre. Habíalos comprado en Argelia a un cazador marroquí, y se exhibía con ellos, en una gran jaula de fieras, pretendiendo haberlos domesticado y educado...

Sin embargo, los chupadores de sangre estaban muy lejos de poseer la dócil inteligencia de tantos perros, focas o elefantes "sabios". Apenas si reconocían a Catalina cuando los llamaba. por sus pintorescos apodos: "¡Sanguijuela!... ¡Borracho!... ¡Lucifer!..." El éxito de la domadora, harto dudoso por cierto, estribaba más bien en una "danza serpentina" que bailaba dentro de la jaula. Mientras torrentes de luz roja y azul le daban matices fantasmagóricos, revoloteaban a su alrededor, electrizados por su voz aguda y dominante, los enormes murciélagos, ávidos de sorberle la sangre bajo su piel pintada y sudorosa. Pronto se cansó el público parisiense de Catalina y de sus vampiros. Se hacía necesario inventar cuanto antes otra cosa, porque los empresarios no se arriesgaban ya a contratar un espectáculo tan gastado, y ella no se decidía a abandonar su querido París...

Mejor dicho, su marido o amigo, el lindo Raguet, era quien no le permitía abandonar París. Este Raguet era un parisiense incurable. No concebía la vida sino vagando por los bulevares, teatro de sus fáciles conquistas...

Como lo había sido con muchas otras, Raguet era un tirano con Catalina. Siempre insaciable de dinero, golpeábala brutalmente cuando ella no se lo proporcionaba. Por esto, la domadora, al notar el creciente descrédito de sus vampiros, se veía obligada a resolver un dilema irresoluble: o contratarse en barracones de tercero y de cuarto orden, donde se pagaba poco a las "artistas", y exponerse, por consiguiente, a las diarias sobas de Raguet, o bien abandonarle y marcharse con sus animalejos en gira por las provincias y el extranjero...

Esto último se le hacía imposible. Los golpes y las caricias de Raguet le eran tan indispensables como el aire. Prefería morir insultándole, martirizada por sus manos implacables, a obtener lejos de él éxitos y contratos...

Felizmente, vino a socorrerla una casualidad propicia. Sucedió que una norteamericana millonaria y extravagante le ofreció comprarle los vampiros... Pidió ella un precio disparatado, justo el que le pidieran por un joven y gigantesco mono chimpancé que deseaba domesticar... Y la norteamericana, después de regatear en vano, acabó por pagar a Catalina el precio que pedía.

Adquirido el mono, liquidó Catalina su última contrata y se retiró con él a una casita de los

alrededores de París, dispuesta a amansarlo y a adiestrarlo. Con la idea de las ganancias que le podría proporcionar la adquisición, Raguet le disculpó este alejamiento del centro de la ciudad. Con frecuencia iría a visitarla, siquiera en las noches en que no dispusiera de otro refugio.

Cónsul, tal era el clásico nombre del mono, prometía nutridos aplausos y considerable provecho si llegaba a presentarse amaestrado en la escena. Era un bello ejemplar de su raza, alto, membrudo, fuerte, de mirada inteligente y viva, de suave y aterciopelado pelaje. Lo malo era su humor hosco, impulsivo y variable. En su boca bestial se sucedían rápidamente salvajes contracciones de cólera y perrunas sonrisas. En los días de *spleen*, mordía y quebraba cuanto hallaba a su alcance. Muy prudentemente, Catalina lo tenía encerrado en una sólida jaula de hierro, al menos hasta que se mostrase más tranquilo y sociable.

II

Todos los medios conocidos empleó la domadora para domesticar a *Cónsul*: el hambre, los golpes, el fuego, la electricidad, los gritos, las caricias... Pero apenas consiguió que el antiguo gigante de los bosques la conociese y respetase. Con los extraños, *Cónsul* se mantenía siempre en su antigua ferocidad, y tanto, que no se le podía sacar de la jaula... Una vez lo intentó Catalina para enseñarle a comer en su mesa. Mientras estaba en *tête-à-tête* con ella sola, la lección no marchó del todo mal. El mono la obedecía, y al equivocarse, le pedía perdón con los ojos húmedos como los de un enamorado... Mirándola, solía distraerse y desatender sus órdenes. Entonces ella lo reprendía, y castigaba severamente con una varita de metal...

Conforme adelantaba la lección y menudeaban las reprimendas y castigos, *Cónsul* se iba poniendo más y más huraño y nervioso, y gruñía con los dientes apretados, o bien gemía y se mordía las uñas, conteniendo su furor... Catalina, como se diese cuenta, con su instinto de mujer, de que el mono nunca se atrevía a atacarla, continuaba el amaestramiento, impávida y decidida... En un instante en que, después de varias equivocaciones del discípulo y de los consiguientes varazos de la maestra, *Cónsul* se clavaba las garras en los muslos para desahogar su furia, entró Raguet en la habitación. No bien le vio, abalanzóse el enfurecido animal sobre él, como dispuesto a matarle... Un grito a tiempo de Catalina lo contuvo, y el hombre pudo retirarse bien librado, a costa de unos pocos rasguños.

Era evidente que *Cónsul* le profesaba un odio terrible. Le conocía y hasta olfateaba su presencia desde lejos. En cuanto pisaba la casa, de día o de noche, aunque para nada se acercase a la habitación donde se hallaba la jaula, *Cónsul* se ponía como fuera de sí. Bramaba, daba grandes manotadas en el aire, se sacudía contra los barrotes de hierro... Muchas veces, antes de que Catalina viera a Raguet, conocía su aproximación por las demostraciones del mono, quien ni escuchaba entonces sus voces...

-Tiene celos de ti -decía después a Raguet.

Y Raguet le contestaba, meneando la cabeza y como si él hubiera contribuido en la compra:

-Me temo que hayamos hecho un mal negocio con el animalucho. ¿Por qué no lo vendemos?

Catalina sabía que venderlo era dejar la suma casi íntegra en las uñas del disipado de Raguet; además, ella no desesperaba de amaestrar a *Cónsul*, y hasta le tenía algún afecto.

Por esto respondía:

-Tengamos paciencia. Es muy inteligente. Parece un hombre; no le falta más que hablar.

Con el tiempo ha de aprenderlo todo. Dejará lejos a *Pichón*, el elefante de Niní de

Montecristo. ¿Y sabes cuánto le pagan a Niní en el Olimpia?... ¡Mil francos por noche! Ante el convincente argumento del caso de Niní, Raguet se callaba, mas no sin decir antes a Catalina:

-Si es así, debes darte prisa en amaestrar a tu *Cónsul*. ¡Van ya para tres meses que estás de haragana, sin hacer nada!

Raguet iba para treinta años, su edad justa, que vivía de haragán, sin hacer nada más que gastar el dinero ajeno... No obstante saberlo muy bien Catalina, se limitaba a pedirle perdón:

-¡No te enojas, Raguet! Cada uno hace lo que puede... La gente estaba ya cansada de los vampiros...

Sin contestar a la domadora, Raguet, con un hambre de diez o doce horas de vagabundeo, replicaba enérgicamente:

-¡Basta de *Cónsul*! Dame pronto lo que tengas de comida...

Y Catalina corría a la cocina, de donde volvía triunfante, a la media hora, con alguna cazuelilla improvisada. Servía a su hombre, con el mejor vino de que disponía, y le contemplaba como en éxtasis. Aunque él comía a dos carrillos, ni siquiera entonces dejaba de hacer sentir su autoridad con repetidos rezongos y quejas:

-¡Esto es una porquería!... Apenas si puede probarse... ¡Es estúpido que no tengas nada mejor, cuando Niní convida con champaña y con trufas a Sansón, el hombre de las pesas falsas y de los músculos postizos!

Catalina le tranquilizaba, como diciéndole con su mirada cariñosa:

-Espérate a que eduque a *Cónsul* para convidarte con champaña y con trufas, como Niní a Sansón, el hombre de las pesas falsas y de los músculos postizos...

III

Una noche estuvo Raguet más exigente que de costumbre. Necesitaba trescientos francos...

-¿De dónde quieres que los saque?... -gimió la infeliz Catalina-. Ya no me quedan diez céntimos de lo último que cobré... Debo un mes de alquiler... Ayer pedí prestados quinientos francos a Blondeau, el empresario, y ese gordo tacaño no me quiso adelantar más que cincuenta... ¡Alhajas no tengo, ni crédito, ni trabajo!... ¡Perdóname, Raguet, ten lástima de mí!...

-¡Mientes! -vociferó Raguet-. Debes tener más dinero guardado... ¿Con qué comes, pues?...

-Te juré que no tengo más, ¡te lo juro por las cenizas de mi madre, Raguet!... Yo no puedo volverme monedas...

-Dame siquiera esos cincuenta francos que te prestó el imbécil de Blondeau...

-¡No los tenga ya! ¡No los tengo!... He pagado con ellos al panadero, al mercado y a la muchacha de servicio, que se fue hoy y me ha dejado sola...

El lindo Raguet, frenético de impaciencia, apostrofó a Catalina con las peores injurias de su muy rico y variado repertorio. Y, cuando se cansó de insultarla, le asestó feroces bofetones y puntapiés, practicando su máxima favorita: "Las mujeres son como las aceitunas. Hay que batirlas duro para que den aceite, y cuanto más se bate más aceite dan." Esta máxima, repetida a los compañeros del aperitivo ante la mesa del café, en el preciso momento de escupir el hueso pelado de una aceituna a dos varas de distancia, tenía siempre un éxito loco. También lo tenía aplicada en las nalgas enrojecidas y en las mejillas ensangrentadas de Catalina de Aragón, la domadora de vampiros...

Como realmente aquella noche carecía de dinero la pobre mujer, los golpes fueron más

recios que de costumbre. La domadora gritaba y gemía como si la desollasen viva... De pronto, se sintió en el silencio y en las sombras de la desolada casita ruido de hierros y de maderas, pasos pesados y torpes que se acercaban, un formidable golpe dado contra la puerta...

Raguet y Catalina se miraron, y la puerta se abrió... Ante la vacilante luz de la bujía vieron a un demonio inmenso, que se adelantaba lentamente sobre sus dos patatas, con los ojos fosforescentes de cólera... Era *Cónsul*, el mono chimpancé. Al oír los gritos de Catalina había sacudido con tal fuerza la puerta de su prisión, que la había quebrado... ¡Venía a socorrer a su ama!

De un golpe derribó a Raguet... Tomó a Catalina en los brazos... Le lamió las heridas con la rugosa lengua, y se la llevó cargada, como a una criatura...

Al volver en sí, Raguet recordó que en la casa no había nadie a quien pedir auxilio. Tomó el sombrero y huyó cobardemente, sintiendo siempre detrás de sí los pasos vengadores de *Cónsul*...

A la mañana siguiente, requerida por un vecino que oyera durante la noche extraños gritos, la policía entró en la casa desierta... Al registrarla, halló al mono en su jaula, sentado sobre la paja, arrullando tiernamente en sus brazos a una mujer pálida, exánime, fría... Catalina, la domadora, había muerto de terror.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo